Silencio bajo la luna roja

Moira T. Serradil

Capítulo 1

DEDICATORIA

Para todos aquellos que tienen,

o han tenido,

que vivir callados.

Capítulo 2

Por supuesto. Aquella noche había una luna de sangre.

No era que no lo supiera; simplemente, había estado demasiado ocupada en sus propios asuntos como para pensar en ello. Además, se había retado a sí misma a no utilizar Internet más que para estudiar hasta que el curso hubiera acabado; y, como siempre conseguía lo que se proponía, hacía ya casi un mes que no veía ni leía nada que no estuviera relacionado con los densos apuntes que tenía que estudiarse. Necesitaba aprobar la Selectividad a la primera, y con las notas más altas: era la única manera de garantizarse indiscutiblemente la entrada a la carrera; y, si la matrícula le salía gratis, mucho mejor. Que no les faltara para comer y pagar la casa no significaba que el dinero les sobrase, y los proyectos que tenía en mente le iban a exigir poder contar con una buena beca. Hasta sus compañeros, que se habían pasado varios años diciéndole que estaba obsesionada con los estudios, estaban empezando a darse cuenta de que el asunto iba realmente en serio; y habían dejado de recordarle lo aburrida y sosa que era. Naturalmente, a ella siempre le había dado un poco igual todo aquello. Total ¿qué sabían ellos de su vida, para saber realmente lo que hacía y por qué lo hacía?

Para empezar, ella era la primera que reconocía que no era una persona excepcionalmente atractiva. Tenía diecisiete años; pero había gente que, al menos a primera vista, la creía más joven, por su apariencia menuda y frágil, además de la ropa ancha y cómoda que a ella le gustaba llevar. Su pelo castaño ondulado y sus ojos exactamente del mismo color, cuya mirada habitualmente firme y directa solía quedar disimulada por unas grandes gafas de montura negra, no le añadían mucho más carisma a su fisonomía. Ni siquiera era particularmente bonita o fea. Era una adolescente promedio, invisible, que sólo delataba su presencia cuando hablaba; y, a veces, ni siquiera entonces. Y, además, tampoco tenía prisa por hacerse notar. De hecho, que el universo pareciera tender a ignorarla le resultaba más útil de lo que cualquiera podía sospechar. Sobre todo en un pueblo como aquel, donde hasta las leyendas antiguas hablaban de las virtudes del silencio, pero las voces malintencionadas brotaban de cada esquina y envenenaban el aire.

A veces sospechaba que la verdadera razón por la que el mundo entero parecía darle la espalda era que la gente se daba cuenta, aunque ni siquiera fueran conscientes de ello, de que una sombra oscura la seguía silenciosamente, donde quiera que iba, como si fuera la suya. Después de todo, era inevitable, cuando uno vivía en el Infierno, que el hedor a azufre se le adhiriera a las ropas. A veces incluso tenía la impresión de que creían que ella no se daba cuenta de nada. Pero, naturalmente, no iba a ser ella quien le contara a nadie las cosas que veía y oía en el antro de los horrores. Al menos, no todavía. No por nada, las leyendas de su pueblo

hablaban, casi todas, de las virtudes del silencio.

No había muchas historias que contar sobre aquella localidad montañosa, que vivía fundamentalmente de lo que sacaba de la tierra con sus propias manos. Se suponía que, antiguamente, había estado situada en un cruce de caminos; pero las carreteras modernas no pasaban por allí, y ni siquiera contaba con una playa con la que atraer a algún turista amante de la tranquilidad y los baños de agua salada bajo el sol implacable del sur de España. Por eso hacía siglos que nadie contaba nada que no fueran las sórdidas historias costumbristas propias de lugares remotos, en los que era relativamente habitual que las hijas fueran repudiadas por sus propios padres cuando se veían atrapadas en situaciones sexualmente comprometidas, que algún que otro rico de toda la vida tuviera cadáveres en los armarios o las cunetas, y que las mujeres a las que su marido daba mala vida se quedasen con él hasta que la muerte los separase. Y, aún esas, siempre se contaban en forma de alusiones vagas o comentarios puntuales, como a regañadientes, a puerta cerrada, y bajo promesa por parte del oyente de guardar silencio.

Por eso no le había sorprendido demasiado lo ocurrido hacía unos días, cuando se concedió una pausa en su regimen de estudio casi marcial, y fue a casa de sus abuelos para saludarlos. Mientras su abuelo dormía una siesta ligera, su abuela le comentaba lo poco que se las veía ultimamente en el pueblo a ella y a su madre, y ella trataba de hacerle entender a la anciana lo duro que era sacar adelante un Bachillerato de Ciencias, las dos mujeres vieron por casualidad en las noticias que se aproximaba una peculiar alineación de la Tierra con la luna y Marte, que resultaría en un eclipse de luna especialmente largo, durante el cual el planeta rojo sería perceptible a simple vista.

Al oír al presentador anunciando la curiosa formación estelar, que sólo se producía una vez cada siglo, la anciana se puso repentinamente pálida, con los ojos muy abiertos y el semblante rígido. Pero, al cabo de unos segundos, cuando su nieta le preguntó qué le ocurría, negó con la cabeza, y sonrió, como si aquel acceso de pánico repentino nunca hubiera tenido lugar.

—¿Qué pasa, abuela? Parece que hubieras visto un fantasma.

—No, claro que no. Dios me libre, hija... no sé si sería capaz de soportar ese peso. No creo que tenga lo que hay que tener.

—¿Y qué es lo que hay que tener? —Había bromeado ella.

—La boca bien cerrada, por toda la eternidad.

—Guau. No sabía que los fantasmas fueran tan exigentes...

Había esperado que su abuela se riera, como hacía cada vez que ella hacía algún comentario cargado de humor negro; pero la severidad de su semblante la había interrumpido a mitad de la frase.

—No es cuestión de exigencia. Es cuestión de respeto. Todo aquel que no sepa guardarle el debido respeto a los muertos, será abandonado por Dios y despreciado por el Diablo.

—¿Y qué tiene que ver el respeto con el silencio?

—En mis tiempos, uno sólo hablaba con sus superiores cuando le hacían una pregunta. Ni más, ni menos.

Naturalmente, ella no entendía a qué venía aquello; pero interpretó la cortante y errática respuesta de la anciana como un intento solapado de dar por terminada la conversación, así que se tragó sus comentarios y continuó contándole lo cerca que estaba ya la Selectividad, lo nerviosa que estaba y cuánta ilusión le hacía irse a estudiar a la capital al año siguiente. Porque, después de todo, ella comprendía mejor que nadie las virtudes de guardar silencio, a pesar de que lo detestaba con toda su alma.

Era imposible estar atrapado en el Infierno y no querer gritar de desesperación, terror o rabia, o las tres al mismo tiempo. Era imposible no soñar todas las noches con destrozar los grilletes con las manos desnudas, abrir la puerta terrible mientras el Diablo duerme y escapar en la oscuridad, bajo la no luz de todas las estrellas que se habían apagado hacía tiempo, en busca de un lugar donde el sol no fuera negro como el Abismo. Pero ya hacía tiempo que se había dado cuenta de que, si realmente quería dejar atrás para siempre aquel hielo que la estaba congelando poco a poco y desprenderse del hedor a azufre de una vez para siempre, necesitaba esperar a que llegara el momento adecuado. La fecha de caducidad de sus cadenas se acercaba. Y, cuando llegara ese día, no sólo podría conseguir que los demonios le otorgaran el tercer grado y aprovecharlo para no regresar jamás, sino que, si jugaba bien sus cartas, podría rescatar también a los otros condenados.

Pero, si no agachaba convenientemente la cabeza al escuchar las sentencias, limitándose a seguir como podía quellas vagas normas no escritas, que constituían la salvaguarda de su desdichada protectora y compañera de presidio, se arriesgaba a tener que seguir regresando a su tortura, a seguir hospedándose en el Infierno y obedeciendo, con el corazón cada vez más lleno de sombras, a los caprichos de los demonios. Porque era consciente de que, cuando llegara el día de la gran evasión, nadie en aquel pueblo les abriría la puerta para esconderlas, ni les permitiría escapar. Antes al contrario: las perseguirían con antorchas y

horcas para devolverlas a su oscuridad eterna, para recordarles cuál era su lugar. Y luego seguirían viviendo sus vidas, como si no hubiera sucedido nada, como si no hubieran sido testigos y cómplices de aquella crueldad irracional y gratuita. Guardando silencio. Hasta que la muerte los separase.

Necesitaba, pues, esperar paciente, sumisamente, en su celda. Ser una niña buena, aburrida y sosa. Hasta que alguien le hiciera una pregunta, y ella pudiera darle, no la respuesta correcta, sino la verdadera respuesta. Hasta que pudiera ser ella a la que tendrían que responder todas las preguntas que hiciera.

Y la conversación con su abuela quedó olvidada cuando, al volver a casa, encontró a los demonios esperándola tras la puerta.

Y así continuó la tortura, que era más terrible todavía en tanto a veces parecía darle una pausa, unos minutos, horas o días de descanso que nadie sabía cuánto iban a durar; y que le provocaban aún más angustia que las violentas descargas de maldad pura; como cuando uno está esperando a que la tormenta estalle y el aire se va espesando poco a poco, hasta volverse irrespirable. Y ella se refugiaba de todo esto en sus estudios, mientras contaba los días en el calendario, con una esperanza casi delirante, tan sólida y radiante que hasta la ponzoña que se veía obligada a beber todos los días había empezado a herirla menos.

Hasta que llegó aquella noche, unas semanas más tarde, en la que se sorprendió al mirar al cielo a oscuras y encontrarse en él aquella temible luna roja.

Se había permitido aparcar sus libros de Historia, Física y Biología por un rato para pasar aquella tarde de primavera haciendo recados: su padre no había querido salir de casa, así que su madre la mandó a ella a hacer las compras, echar las cartas al correo y pedir su cita en la peluquería para el día de la graduación, sabiendo que ella agradecía todo segundo de menos que tuviera que pasar en el Infierno. Y ella se había sorprendido al ver que, a medida que el sol iba bajando en el horizonte, las calles se iban vaciando poco a poco.

Aquello no era normal. Aquel pueblo al pie de las montañas, desamparado bajo el fuego blanco de las horas centrales del día, estaba acostumbrado a la vida nocturna durante los meses más calurosos; y aquel verano prematuro se anunciaba seco y despiadado. Ella ya había pasado varias tardes estudiando en penumbra, con todas las persianas bajadas y la casa entera en silencio, mientras sus padres dormían la siesta. Alguna vez, asfixiada por aquella insoportable tensión tibia, se había lanzado a la calle, sedienta de luz y cielo abierto, sólo para encontrar las aceras vacías y las puertas y venanas cerradas. Había sido al atardecer, cuando el sol empezaba a volverse dorado mientras se deslizaba lentamente hacia el

horizonte en llamas, cuando la gente había empezado a salir a continuar con su vida, bajo la inagotable luz crepuscular. Incluso había visto grupos de mujeres mayores, acompañadas de sus nietos, sentadas en los bancos de madera de la plaza, charlando tranquilamente mientras los niños jugaban en los columpios y toboganes, a la luz anaranjada y difusa de las las farolas de hierro forjado, bajo un cielo negro como la tinta.

Pero esa noche, cuando fue a sacar la basura después de cenar, se encontró con que las calles estaban completamente desiertas, las ventanas de las casas cercanas cerradas y las luces apagadas. Aquel diminuto asentamiento de casas blancas parecía, por primera vez fiel a su auténtica naturaleza, un pueblo fantasma.

Al principio se sorprendió. Luego miró hacia arriba, y comprendió que su abuela no era la única que le tenía terror a aquella luna de sangre amparada por los fuegos de la guerra. Pero, como siempre, la norma del silencio era la única ley; y, como resultado, lo único que resonaba en aquellas calles vacías eran sus pasos.

No era la primera vez que veía un eclipse de luna, pero sí la primera vez que veía uno como ese.

Le gustaba la soledad de los viejos caminos reales por la noche. Aquellos senderos de arena blanquecina y pequeñas rocas, casi brillantes entre las densas sombras. La luz de la luna, que rielaba en los campos de trigo sacudidos por la brisa, haciendo que parecieran inmensos lagos de márgenes oscuras. El resplandor de nieve de las casitas blancas a lo lejos. Allí estaba a un universo entero de distancia del Infierno y sus demonios, de los oídos y las lenguas que le servían de acólitos. Allí podía sentarse en cualquier roca y mirar serenamente a la inmensa bóveda que coronaba el paisaje nocturno, salpicada de gotas cristalinas de luz y fuego; y recordar que, a pesar de todo, el mundo seguía girando y que, mientras hubiera vida, habría esperanza.

Por eso, de regreso a casa, al alzar la vista en medio de aquellas tinieblas casi antinaturales, la visión de la luna roja le provocó un impacto inesperado.

Allí estaba, brillante sin brillo en el cielo estrellado, una imponente esfera de un ominoso tono carmesí, con una llama remota ardiendo a sus pies que custodiaba el cuerpo del astro muerto. Como si se hubiera cometido un asesinato en el cielo, y todas las cosas clamaran venganza.

Era un espectáculo hermoso. Pero ella, a solas en un viejo camino invisible en la oscuridad, no pudo evitar que el corazón se le detuviera durante unos instantes y se le estremeciera hasta el alma.

De repente empezó a levantarse un viento suave, que sacudió las hojas de los árboles y las espigas del trigal cercano.

Al principio era sólo una brisa fresca, apacible, que arrancaba susurros nocturnos a su alrededor. Pero entonces empezó a aumentar de intensidad, y a volverse cada vez más fría, hasta que la joven se encontró rodeada por un poderoso vendaval, gélido como una ventisca, que parecía enardecer la naturaleza a su alrededor. El polvo del camino se levantó como una niebla, los árboles sacudidos parecían estar convulsionándose bajo la luna ensangrentada, y el gemido del viento acabó sonando como el lamento de una legión de condenados.

Se suponía que aquello no debía asustarla. Ella había visto y oído cosas mucho peores que un viento inesperadamente fuerte. Después de todo, llevaba tanto tiempo viviendo en el Infierno que no estaba del todo segura de cuándo había sido la última vez que se había sentido realmente a salvo. Pero, por algún extraño motivo, aquel poderoso ulular y aquel frío más terrible que el más crudo de los inviernos despertaban en ella un terror vago, y tan misterioso como aquel viento, que parecía proceder de ninguna parte.

Entonces, todo se detuvo tan súbitamente como había empezado; y ella se quedó parada al borde del camino, respirando agitadamente para recuperar el aliento, con la sensación de que el rugido de aquella tempestad diabólica se le había metido para siempre en los oídos.

Por eso, al principio, creyó que el sonido que estaba empezando a acercarse a ella desde detrás de la curva del sendero era una imaginación suya. Tardó un rato en percatarse de que realmente estaba oyendo el chasquido seco y fuerte de los cascos de un caballo al paso sobre el polvo del camino, envuelto en un sonido amortiguado de pasos. Decenas, cientos, miles de pares de pies, que caminaban también al paso, y se acercaban a ella por el viejo camino. Entonces pensó que tal vez debía echar a correr campo a través para alejarse del lugar, como solía hacer cada vez que quería evitar encontrarse con alguien mientras paseaba; pero una mezcla extraña de pánico paralizante y curiosidad malsana la mantenía firmemente clavada al suelo.

Una masa de sombras difusas, de terciopelo negro y plomo bruñido bajo la luna carmesí, desfilaban ordenadamente en dirección contraria a la que ella seguía.

Cuando estuvieron lo suficientemente cerca, se dio cuenta de que eran personas, cientos de hombres y mujeres vestidos con un mismo uniforme, que seguían a un gigantesco caballo negro cabalgado por una figura alta y poderosa.

A medida que continuaron acercándose, la joven empezó a tener la certeza, extraña pero casi absoluta, de que no podría regresar a casa con vida.

Se trataba de todo un ejército, que se desplazaba lentamente, sin emitir más sonido que el chasquido del metal y el ruido de sus pasos. Iban vestidos con ropas más negras que la noche, cubiertos con armaduras de metal que despedían opacos reflejos de color rubí, y llevaban espadas en sus vainas, lanzas en la mano derecha blindada con un guantelete y y escudos sin blasón en la izquierda. Los cascos ensombrecían sus rostros, de manera que la joven no pudo percibir ningún rasgo distintivo a la distancia a la que se encontraba; y su sola presencia despedía el mismo frío atroz que aquel viento malhadado que los había precedido. El estandarte que encabezaba la fantasmal comitiva era un campo de sable sin distintivos, al igual que los escudos, de manera que la joven no podía saber quienes eran aquellas personas salidas de la nada, ni en qué guerra combatían o habían combatido, ni a quién servían o habían servido.

Pero la sombra más terrible de todas era, sin lugar a dudas, el jinete. El caballo negro, de pelo lustroso y porte arrogante, avanzaba unos metros por delante de la oscura legión, y la joven pudo apreciar unos ojos velados, como ciegos, que la hicieron estremecerse de espanto. El caballero que lo montaba iba vestido con una armadura del mismo metal que el resto de los soldados, pero la suya estaba sobriamente adornada, y llevaba una larga capa negra sobre los hombros y un yelmo que ocultaba por completo su rostro. Era alto, de hombros anchos y visiblemente musculoso, y la espada que llevaba al cinto era, a todas luces, grande y pesada; pero el caballo no parecía en absoluto debilitado ni cansado por su peso.

La muchacha sentía la boca tan seca como si no hubiera bebido desde hacía días, y notaba en el fondo de la garganta el sabor ácido del miedo. Sin embargo, no se movió ni un milímetro; y se limitó a seguir contemplando el paso de aquellos hombres de armas venidos de un pasado ignoto, que, a pesar de estar ya a su altura, parecían no poder verla.

Entonces, el jinete oscuro detuvo su cabalgadura repentinamente, justo delante de ella, y miró en su dirección, desenvainando la espada. El silbido frío de metal la hizo estremecerse de pies a cabeza, pero ella continuó quieta, en silencio. Recordando vagamente algunas de las cosas que había leído y oído contar sobre épocas anteriores, agachó la mirada en señal de respeto; pero no hizo nada más. Podía presentir la imponente presencia del caballero, tan cerca de ella que, si se atrevía a dar un solo paso, chocaría con la montura; pero una parte de ella seguía esperando que, en realidad, todo aquello no fuera más que una momentanea alucinación provocada por el estrés constante al que estaba sometida desde hacía ya varias semanas. O, más bien (porque había algo que le

decía que aquel deseo de mantener su habitual mentalidad racionalista era más bien un intento desesperado de engañarse a sí misma), que la oscura aparición se percatara rápidamente de que aquella chica menuda e insignificante, a la que podía partir en dos sólo cogiéndola con fuerza por la cintura, y a la que su caballo podía aplastar como una hormiga con sólo pasar por encima de ella, no suponía una amenaza mucho mayor que una de las briznas de hierba reseca que había al borde del sendero. Pero, sinceramente, sólo veía dos posibles resultados para aquella situación: que el caballo se pusiera en marcha de nuevo, y ella pudiera quedarse allí, aterrorizada pero viva, hasta que el ejército se hubiera perdido en la lejanía, o sentir el filo helado de la espada cortándole el cuello. Por eso la sorprendió sobremanera, y la sobresaltó más que visiblemente, oír un chasquido metálico, seguido de una voz masculina, grave, gélida, y autoritaria.

—Salud, aldeana.

La joven tardó un rato en darse cuenta de que estaba interpelándola a ella, y que se suponía que debía responder.

—Y también a usted... señor.

Era el tratamiento más respetuoso que se le ocurría. No sabía cuáles eran los tratamientos de poder que se habían utilizado en la España medieval y moderna, pero sí que los nobles de alto rango podían sentirse bastante ofendidos si recibían un tratamiento diferente al que les correspondía. Así que le pareció menos malo recurrir a los de su propio tiempo. Tal vez fue una buena idea, porque el caballero sólo reaccionó con un silencio escrutador.

—La noche confunde los pasos del caminante, y venimos de lejos —continuó, siempre con el mismo tono severo—. Necesitamos un guía para continuar avanzando, pues el tiempo no espera ni siquiera a quienes ya no tienen que temerlo.

Había una orden implícita en aquella aparentemente cortés solicitud, y ella sintió repentinamente un vacío en el estómago.

—Será un honor guiarlos. Sólo necesito saber a dónde.

—Cuando lleguemos al lugar que estamos buscando, lo sabrás. Sólo necesitas seguir la senda. Si has osado abandonar la protección de la casa de tus padres durante las horas en que los muertos cabalgan, no cabe la menor duda de que podrás abrirnos paso hacia nuestro destino.

Aterrada, se dio cuenta de que en realidad ella no estaba allí voluntariamente, de que no había salido de casa en el acto de temeridad que aquel extraño parecía suponer; sino, simplemente, porque no sabía

que le podía ocurrir algo como aquello. Sin embargo, no tenía nada que perder: el caballero espectral la mataría en cuanto manifestara haber descubierto aquel secreto sin poder serle de verdadera utilidad, para asegurarse el silencio eterno de una testigo inoportuna. Así pues, si estaba sentenciada, qué más daba que intentara cumplir aquella orden.

—Entonces, les ruego que me sigan.

Alzó la vista durante unos segundos, inconscientemente, traicionada por su curiosidad durante unos segundos, para ver por última vez el espectáculo terrible pero fascinante de aquel escuadrón de sombras. Horrorizada, se topó con que el jinete se había levantado la visera del yelmo, de manera que podía apreciar algunos de sus rasgos: dos ojos negros, penetrantes y duros, con el mismo reflejo púrpura que resplandecía en las armaduras, en un rostro pálido como el hueso descarnado. La espada, aún desenvainada, parecía estar bañada en sangre.

Indudablemente, estaba contemplando las facciones de la Muerte.

Apartó la vista tan deprisa que, más tarde, llegó a tener dudas de si él se había dado cuenta de lo que había hecho. A ratos, se daba cuenta de que, efectivamente, él sabía perfectamente que lo había hecho, y por qué lo había hecho.

Empezó a caminar en la dirección que estaban siguiendo los soldados, junto al caballo negro, que se adaptaba a su paso corto y ligero; y el ejército entero la seguía. Siempre en silencio, marchando sin alterar el paso, letalmente precisos. Se suponía que ellos debían de ser, si estaba bien informada de cómo funcionaba la jerarquía militar medieval, sus iguales, plebeyos llamados a filas temporalmente para luchar por su amo, de manera que podía comunicarse con ellos sin la espantosa ceremonia que debía adoptar para dirigirse al señor; pero ninguno le dirigió la palabra en ningún momento, ni le hizo ninguna pregunta, ni ningún comentario. Nadie le preguntó dónde estaban, ni en qué tiempo. Nadie le preguntó quién era, ni de dónde venía, ni a quien servía, ni qué hacía en la calle una muchacha vestida con ropas extrañas y andróginas, completamente sola, paseando bajo un astro muerto velado por las llamas de la guerra. La joven no tardó en caer en la cuenta, con una segunda oleada de horror, de que no podían hacerlo: como había pensado ella misma hacía unos instantes, los labios de los muertos están sellados para siempre, aún cuando pueden levantarse y caminar.

Y tampoco tardó en darse cuenta de que, en realidad, el problema al que se enfrentaba era mucho mayor de lo que había pensado en un principio.

Apenas unos instantes después (o, así lo percibió ella), estaban caminando por las calles vacías del pueblo. Tenía la impresión de que

había cambiado algo en los minutos escasos que había estado en el camino, como si aquel extraño viento hubiera alterado la realidad misma al soplar sobre ella. No sólo porque no hubiera nadie en la calle, ni porque el silencio sobrenatural hiciera que los pasos levantaran ecos a su alrededor. Tampoco se veían luces en las ventanas, ni coches aparcados fuera, ni mascotas descansando en los patios. Todas las farolas estaban apagadas, de manera que la única luz existente en el mundo en aquellos momentos era el resplandor sanguinolento de la luna, que reverberaba en las paredes blancas. Aquella noche, el pueblo no sólo parecía totalmente deshabitado, sino que daba la impresión de no haber estado habitado jamás.

Por eso se sobresaltó cuando, al pasar junto a una de las casas, el caballo relinchó sonoramente.

Entonces, uno de los soldados que escoltaban al jinete se llevó a los labios lívidos una trompeta y la hizo sonar. El estruendo retumbó en todas las calles, y sus ecos continuaron sonando de casa en casa, durante lo que parecieron horas. Una vez se hubieron extinguido del todo, un hombre salió de la casa junto a la que se habían detenido. Era un anciano extremadamente delgado, casi consumido, al que la joven reconoció sin dificultad como el abuelo de uno de sus antiguos compañeros de colegio, y al que ella recordaba desde siempre como un hombre mayor, pero alegre y vital, a pesar de haber tenido una vida especialmente dura (había tenído que empezar a trabajar en serio a los trece años para suplir más o menos los ingresos de su padre muerto, según se contaba, tras haber estado a punto de ser fusilado en su lugar; pero de eso último no estaba del todo segura, porque su madre no lo sabía a ciencia cierta, y sabía que su abuela iba a fingir no saberlo tampoco). Hacía mucho tiempo que no lo veía, porque se suponía que estaba bastante enfermo, y rara vez salía de casa desde hacía años; y le dolió en especial verlo en aquel estado, con la piel apergaminada y verdosa, el semblante inexpresivo y la mirada perdida. El hombre pasó a su lado, sin dar la menor muestra de haberla reconocido, ni visto, y se sumó a la vanguardia del ejército, no muy lejos de ella. Entonces, el caballo negro se puso en marcha, y la comitiva continuó su camino.

Nadie más salió a la calle. Como si ese hombre hubiera sido el primer y último ser vivo que había en aquel lugar.

El pueblo quedó atrás. Las zonas asfaltadas dieron paso, una vez más, a los caminos de tierra; y los campos de cultivo se extendían a su alrededor, relucientes con aquel halo carmesí contra las masas oscuras de las montañas y las arboledas. Pero la caminata continuaba, inexorablemente, como una pesadilla sin final.

De vez en cuando, pasaban por una zona boscosa, y perdía de vista durante unos instantes el resplandor de la luna roja; pero pasaba esos

minutos caminando en una oscuridad total, nadando a ciegas en una tiniebla que amenazaba con adherirse a su piel y colarse dentro de ella. Cuando volvían a salir al camino abierto, casi sentía cierto alivio.

Fue entonces cuando la joven se percató de que ya no estaba segura de dónde estaban. De hecho, ella hubiera jurado que en la zona por la que estaban pasando no había senderos. Pero allí estaba el camino real, bajo sus pies, eterno e inmutable.

—Debemos apurar el paso —dijo el jinete—. Tenemos que llegar antes de que el eclipse acabe.

Entonces, la aferró por la cintura y la subió bruscamente, a pulso, a la grupa del caballo; y la estrechó para mantenerla sujeta justo en el momento en que el animal empezó a trotar y, luego, a galopar. Todo aquello sucedió tan repentina y rápidamente que la joven gritó, sin poder evitarlo, al mismo tiempo sorprendida y aterrada; y se quedó muy quieta y tensa, temblando, tanto por el miedo como por el frío mortal de aquel contacto, que daba la impresión de proceder menos de la armadura metálica que del cuerpo helado que había debajo.

Aquel gesto, que se le hubiera antojado la realización de una fantasía adolescente de haber sido realizado por cierto compañero de instituto en concreto, no sólo le provocó la más absoluta repulsión; sino que despertó en ella un fantasma remoto, que nunca la había perturbado especialmente pero que había empezado a arraigar en ella desde hacía el suficiente tiempo como para manifestarse de vez en cuando en presencia de algunas personas del sexo opuesto, sobre todo si percibía que estaba llamando su atención de manera indeseada o poco habitual, o si invadían su espacio personal inesperadamente.

El caballero soltó una carcajada casi sarcástica, tan seca y tenebrosa que le hizo tener la impresión de que se iba a desmayar.

—Dudo mucho que tengas que temer por tu doncellez durante esta cabalgata, niña —dijo él, con una mezcla de mofa y de amargura—. Hace siglos que este cuerpo muerto no se inclina hacia los placeres de la carne; y ni siquiera la desnudez de Helena de Troya, con la que cuentan que consiguió volver a seducir a su esposo deshonrado y sendiento de venganza, despertaría en mí el menor deseo. La lujuria y sus otros seis hermanos son patrimonio de los pecadores que todavía respiran...

Aquello sólo supuso un alivio superficial para ella. Porque intuía que, aunque no podía aprovecharse de su vulnerabilidad en ese sentido, podía hacerlo en muchos otros, mucho peores. La imagen era lo bastante horrenda como para hacerla perder la escasa serenidad que se obligaba a conservar, así que la espantó echando la vista atrás cuidadosamente, para cerciorarse de que la infantería continuaba siguiéndolos. Para su sorpresa,

a pesar de que no parecían haber alterado el ritmo ni un ápice, así era: las huestes de los muertos caminaban deprisa.

El largo camino seguía extendiéndose ante ellos, como si se abriera misteriosamente bajo los cascos del caballo al galope. A veces pasaban cerca de algún pueblo o ciudad, o de algún caserío aislado, que estaban tan desangelados como el que habían dejado atrás hacía un rato, y que ella no podía reconocer bajo aquella luz que no era luz, y el heraldo volvía a tocar la trompeta. Cada vez que lo hacía, aparecía alguien, o salía alguien de alguna de las casas, y se sumaba a la vanguardia de las oscuras filas. La primera fue una mujer relativamente joven, con la piel dolorosamente cuarteada y ennegrecida, cubierta con lo que parecían los restos carbonizados de un uniforme de bombero. El segundo hombre era casi tan anciano como su propio vecino, iba vestido con una bata de hospital, y le faltaban las dos piernas. El tercero la horrorizó en especial, porque era una niña cuyo aspecto delataba que debía de tener dos o tres años menos que ella misma; pero iba vestida con ropa varias tallas más grandes de lo que le correspondía, estaba desnuda de cintura para abajo, y tenía el borde de la ancha camiseta empapado de sangre. A pesar de su expresión serena, su cara aún enrojecida y llena lágrimas todavía húmedas delataba que había estado llorando y gritando con todas sus fuerzas apenas unos segundos antes de llegar allí. Pero sus ojos tenían la misma expresión ausente, vacía, sonámbula, que los de los otros tres viajeros que habían recogido.

El caballero la observó mientras se sumaba al ejército que lo seguía.

—Creía que, en vuestro tiempo, los niños ya no caían en combate.

Había un matiz inquisitivo en la constatación que la hizo pensar que se la estaba invitando a responder.

—Consideraré que usted ya sabe que no todos los combates se libran con una espada en la mano —dijo, sorprendiéndose de poder hablar sin que la voz le temblara—. Mientras el Mal tenga algún poder en el mundo, habrá inocentes que se vean involucrados en combates que no han buscado. De todos los sexos, de todas las edades, de todas las condiciones.

Él rió por lo bajo, pero no dijo nada. Y ella no pudo evitar sentir un malestar extraño e indefinido. Algo le decía que aquel breve intercambio no había sido en absoluto inocente, pero era incapaz de decir por qué. Y aquella noche, aunque lo odiara, estaba obligada a recordar las virtudes del silencio.

Finalmente, el caballero envainó la espada, tiró con fuerza de las riendas, y el caballo se detuvo.

Habían llegado a una amplia planicie, tan grande que le resultaba imposible ver sus límites. Era un terreno completamente vacío, sin el menor rastro de árboles ni matorrales. Pero cada centímetro de aquel suelo estaba cubierto de plantas con flores pálidas, como de cera moldeada en forma de pesados racimos, que despedían un aroma dulzón, extrañamente aturdidor. El jinete descendió del caballo, y luego la ayudó a bajar a ella. El apretón en la mano podría habérsela triturado, pero la joven apenas le prestó atención.

Porque fue precisamente en ese momento cuando ella comprendió, al fin, todo lo que estaba ocurriendo realmente aquella noche.

Lo primero que sintió fue un terror absoluto y enajenante, que le estrujó el corazón y le aplastó los pulmones, haciéndola caer de rodillas al suelo, a los pies de aquella sombra demoníaca, que continuaba observándola con lo que no parecía mucho más que un frío interés impersonal.

Pasó un buen rato llorando de angustia y desesperación, pensando en sus exámenes, en la Universidad, en toda la vida que tenía por delante y en los mil sueños que no había cumplido; pero, sobre todo, en su abuela, en su madre y en su padre.

No obstante, a medida que iban pasando los minutos, una tranquilidad antinatural, similar a la que había visto en los rostros de los otros caídos en combate que se habían sumado a las filas de la Muerte esa noche, se iba apoderando de ella lentamente; y el pánico y la frustración fueron sustituidos por una especie de orgullo fiero mezclado con rebeldía.

Ella había estado viviendo en el Infierno. Había estado contando los días para romper sus cadenas y abrir las Puertas ¿Y su último acto en aquel mundo iba a ser humillarse suplicando una clemencia que sabía que no se le iba a conceder?

Por eso, terminados los estertores de su cuerpo, que continuaba resistiéndose, casi con furia, a lo inevitable, se puso de pie, con las piernas temblorosas, la boca seca y el sabor de su propia sangre en el fondo de la garganta cerrada. Una vez más.

Levantó la vista poco a poco, sin llegar a mirar hacia aquellos ojos duros que se ocultaban tras el yelmo cerrado, y realizó una reverencia torpe, pero digna.

El caballero emitió otra risa, mucho más larga y terrible que la que había emitido antes; pero esta vez apenas le afectó: la cadena que lastraba sus pasos desde hacía años se caía sola de sus tobillos. Ella sólo lamentaba que fuera a aquel precio, el de dejar atrás, abandonada a su suerte, bajo el látigo de los demonios, a la única persona que había demostrado quererla tanto como para ahorrarle todo el dolor que el Infierno le

permitía. Tampoco hizo ninguna mueca de desagrado ni gesto de temor cuando los dedos gélidos de la sombra le levantaron cuidadosamente la barbilla para obligarla a alzar la vista, mientras se volvía a subir la visera del yelmo; ni cuando sus ojos se encontraron finalmente con aquella mirada negra, penetrante como el filo de la espada bañada en sangre que iba a blandir contra ella.

—No te sometes ¿verdad, muchacha? Un guerrero sólo capitula rindiendo el alma.

—Yo no capitularé. Pero tampoco soy una guerrera.

—Consideraré que ya sabes que no todos los combates se libran con una espada en la mano.

Esta vez fue ella la que sonrió. Una sonrisa fría, lobuna.

Pero el caballero, lejos de tomárselo a mal, rió entre dientes de nuevo, mientras excrutaba atentamente su rostro.

—Sí... has cumplido bien con tu misión de esta noche. Dentro de unos minutos, la luna brillará otra vez, y nosotros volveremos a dormir. Hasta la próxima vez que el Astro de la Guerra se encuentre con la Luna de Sangre, cuando volveremos a levantarnos para cumplir con nuestra misión. Hasta que Dios perdone nuestros ultrajes. O el Enemigo decida aceptarnos en su prisión de hielo y tinieblas. El sueño de siglos no tardará en reclamarnos de nuevo... pero, antes de marcharme, debo darte tu justo pago. Eres lo que nos ha permitido llegar hasta aquí, después de todo ¿no? Tu sangre todavía caliente nos ha abierto los caminos cerrados y nos ha permitido cumplir con nuestro cometido; por lo tanto, sólo con aceptar guiarnos, has acortado nuestro infinito peregrinaje.

Ahora sí que no entendía absolutamente nada.

—Yo creía que, para conseguir eso, tenía que ser ofrecida en sacrificio.

—El Dios al que tú y yo adoramos no acepta derramamientos de sangre en su honor. Nadie que ha cabalgado con la Muerte regresa del todo al mundo de los vivos; pero, por el momento, has superado las pruebas que se te han planteado hasta ahora: con valentía y prudencia, has dado la libertad a decenas de almas, y tienes derecho a reclamar un premio. Así que dime ¿qué deseas, que yo te pueda conceder?

La joven guardó silencio una vez más, pero le sostuvo la mirada al caballero, una mirada poblada de preguntas que no debía formular. Él le soltó la mandíbula y se apartó unos pasos de ella.

—Puedo concederte todas las riquezas que yo no pude traerme a Este Lado —le dijo, con naturalidad—. Fui tan rico que hubiera podido comprar un reino entero. Tú y tu madre podréis escapar de vuestro martirio, sin que tú tengas que contar los días que te faltan para que él ya no pueda reclamarte. Aunque quisieras viajar a las Américas y entrar en las Universidades más prestigiosas del mundo, nada se interpondría en tu camino. Podrás deshacerte para siempre de tu hedor a azufre; podrás conseguir cosas que ahora mismo, desde tu invisibilidad asumida, ni siquiera te atreves a soñar

Ella negó con la cabeza.

—No puedo aceptar dinero por este servicio, señor —contestó, con humildad—. No deseo convertirme en una de esas personas que tienen más de lo que pueden gastar, que viven tan por encima del resto de la humanidad que han olvidado el tacto del suelo bajo sus pies; y que, para su desdicha, han perdido todos los tesoros que no se pueden comprar.

Aquella respuesta pareció enfurecerlo o, al menos, incomodarlo. Pero no le replicó. Se limitó a volver a acercarse a ella y mirarla directamente a los ojos, desde lo alto de su gran estatura, de modo que la joven tuvo la impresión de que una sombra hambrienta se inclinaba sobre ella para devorarla.

—Sabes que eso no bastaría para libraros de él ¿verdad? Sabes que él os perseguirá. Que el resto del mundo no reconocerá vuestro derecho a intentar sobrevivir, que os dará definitivamente la espalda, que seréis vosotras a las que harán subir al cadalso para pagar por los pecados que él ha cometido, y que continúa cometiendo todos los días. Y que, aunque no pueda recuperarte a ti, hará todo lo que su mente pueda concebir para apoderarse otra vez de ella. Pero... otra de las cosas que puedo hacer es prestarte mi espada.

Dijo estas últimas palabras con una suavidad que le heló la sangre, y no pudo evitar que la mente se le desviara hacia aquella imagen que tanto la había intimidado antes, la de la gran espada reluciente bajo la luna roja, una poderosa hoja carmesí, fría y mortífera.

—Ahora mismo, vuestro enemigo duerme desde hace un rato. Dentro de poco se despertará con hambre, se levantará para tomar algo de la despensa y regresará al lecho; y mañana le hará pagar a su esposa, con su alma y su salud, por no haber sabido adivinar sus antojos culinarios, como hace siempre que se ha negado a comer lo que se ha cocinado para él la noche anterior. Pero, si lo deseas, sólo tienes que pronunciar su nombre; y estará aquí antes de que la luna se haya descubierto de nuevo. Ocupará el lugar que tú ocupas ahora, y le daré muerte. No sufrirá. No será consciente de lo que le está ocurriendo. Simplemente, no despertará jamás. No volverá a insultar, calumniar e injuriar a tu madre. No tendrás

que volver a mentir para protegerla. No tendrás que volver a tragarte la humillación y la rabia para que no descargue su ira sobre ella. Sereis verdaderamente libres, uno de esos tesoros que ni el precio de un reino puede comprar...

No supo si gritó, o lloró o si simplemente contestó con un hilo de voz; pero el jinete de las tinieblas ni siquiera terminó su propuesta, como si su negativa hubiera sido tan fuerte y firme como el rugido de un trueno.

—Todo lo que deseo —le dijo ella, finalmente, cuando pudo recuperar un ápice de compostura— es regresar a casa.

El espectro emitió una estruendosa carcajada burlona.

—¿Regresar al antro del dragón? ¿Volver a encerrarte en el Infierno? ¿Me permitirás, al menos, que sea mi caballo lo que te lleve de vuelta?

—No, señor, no lo haré —contestó ella, intentando que su tono no sonara desafiante—. Mucho me temo que lo que yo necesito no es algo que usted me pueda dar.

—¿Y por qué, doncella guerrera? —se mofó él— A pesar de toda tu dignidad y tu fiereza, sigues siendo sólo una niña invisible que ha asumido una tarea más grande que ella. Yo te ofreco la gloria, te ofrezco la libertad ¿Acaso no es eso lo que necesitas?

—No, señor, porque yo no necesito la gloria. Y, aunque la necesitara, tampoco quiero comprar mi libertad a precio de una sangre que no sea la mía. Por enemigo mío que sea, no voy a exigirle a otro ser humano que muera en mi lugar —replicó ella, con un tono tan enérgico que la sorprendió incluso a ella misma—. Lo que yo necesito es solamente... mi vida. Poder continuar con mi combate, con mis propias armas.

Un silencio atronador pareció adueñarse del prado de asfódelos, y la joven tuvo la impresión de que todo el ejército, por primera vez, había vuelto la cabeza para observarla. De repente, se dio cuenta una vez más de que estaba lejos de su casa, en un lugar completamente desconocido, a un universo de distancia de toda su vida mortal, rodeada por las huestes de los muertos, erguida frente a un señor de otro tiempo, que podía asesinarla sin dificultad, sin piedad, y con toda la frialdad de un alma en pena que se ha desprendido de las emociones de los vivos hacía tanto tiempo que ni siquiera se podía saber cuándo había ocurrido. Un caballero al que ella no había osado preguntar ni siquiera su nombre; pero que sí sabía quién era ella, hasta el punto de entender casi mejor que ella misma lo que pasaba por su propia mente y que, por lo tanto, también sabía cómo tentarla. Y tuvo la impresión de que su alma se desarraigaba de su cuerpo y que, a menos que se dejara caer de rodillas al suelo implorando clemencia por sus palabras altaneras, se perdería para siempre en

aquellos caminos desconocidos, y se vería obligada a errar eternamente bajo aquella siniestra luna de sangre, invisible, a medio camino entre la vida y la muerte, hasta que todos los caminos cerrados se abrieran el Día del Juicio.

Pero también sabía que tenía razón, y que la únca manera de no tener que acabar vistiendo aquellas ropas tejidas de tinieblas y ciñéndose aquella armadura de plomo ensangrentado para desfilar bajo el estandarte negro era negarse a rendirle vasallaje al caballero. Después de todo, no estaba sujeta a las mismas leyes que él: era una mujer libre o, al menos, todo lo libre que podía ser alguien que vive en el Infierno. Así que respiró hondo, volvió a hacer una reverencia respetuosa, y continuó de pie, sosteniéndole la mirada al capitán de las hordas de la Muerte.

Para su sorpresa, creyó intuir una sonrisa oculta bajo el sombrío yelmo, y un destello de aprobación en los ojos negros. Sin más ademán, el jinete le devolvió la reverencia; y luego le dijo.

—Entonces, que Dios os salve, señora. Y que no volvamos a encontrarnos nunca más bajo estos signos funestos; porque eso significará que habréis salido victoriosa de todas vuestras contiendas.

Mientras pronunciaba estas palabras, la brisa que agitaba las flores de la llanura empezó a convertirse poco a poco en un viento cada vez más fuerte, con un aullido que se asemejaba a las voces robadas de todos aquellos soldados caídos que la habían seguido hasta allí. Y, mientras las figuras se iban desvaneciendo poco a poco, como arrebatadas por el vendaval, ella empezó a sentir que su propio cuerpo tiraba de ella, como si la incitase a derrumbarse sobre el lecho de asfódelos, invitándola a rendirse a un sueño profundo y oscuro, sin venturas ni horrores.

* * *

Despertó al oír unos desgarradores sollozos desesperados cerca de ella; y abrió los ojos, confusa, para encontrarse en brazos de su aterrorizada madre, que rompió a llorar aún más fuerte al percatarse de que había vuelto en sí.

Estaba tumbada en su propia cama, en su casa. Al parecer, al ver que tardaba demasiado en volver de lo que se suponía que iba a ser una salida corta, su madre habia salido a buscarla; y la había encontrado tirada en el camino, rodeada de árboles torturadamente deshojados y arbustos resecos, como si un repentino viento de ultratumba hubiera arrasado con toda forma de vida existente a su alrededor. Bajo la luz del eclipse lunar,

sin la menor seña de agresión física pero inconsciente, aparentemente sin respiración ni pulso. Al oír los gritos de su madre pidiendo socorro, diciendo que su niña se moría, su padre había saltado de la cama, y sus abuelos y varios vecinos habían salido de su encierro autoimpuesto; y, entre todos, la habían ayudado a traerla de vuelta a casa al darse cuenta de que, aunque muy débil, todavía estaba viva. A pesar de que habían hecho todo lo posible por reanimarla, tardaron un buen rato en conseguirlo, cuando la luna ya estaba empezando a descubrirse.

También habían pedido una ambulancia, que tardó en llegar, y a la que prácticamente le exigieron que subiera, a pesar de que decía encontrarse bien y de no tener ningún indicio de lesiones de ningún tipo. Porque, puesto que no recordaba ni siquiera haberse desmayado, era todavía más importante que la llevaran a un hospital, para averiguar qué le había pasado en realidad.

Así que, tras pasar por Urgencias, se pasó la noche entera en Observación, durmiendo a ratos y conectada a una máquina que medía sus constantes vitales, mientras le hacían todos los análisis que se le podían hacer.

A lo largo de esa noche y la mañana siguiente, mientras paliaba el aburrimiento leyendo y recibiendo visitas de su familia y sus escasas amigas del instituto ("Nada de estudiar mientras estés aquí", le había advertido la doctora que la estaba atendiendo, por más que ella intentara explicarle que aquel desvanecimiento repentino no había tenido gran cosa que ver con sus exámenes), le fueron llegando, siempre en voz baja o a través de comentarios casuales, algunas noticias de otras cosas trágicas que habían ocurrido bajo la temible luna de sangre custodiada por la guerra. Noticias que tuvo que fingir que le sorprendían, como la muerte a avanzadísima edad del abuelo de uno de sus excompañeros de clase, que había fallecido plácidamente en su cama mientras dormía tras una larga vida llena de momentos de terror, sinsabores y privaciones; o el fallecimiento en aquel mismo hospital de otro hombre de un pueblo cercano al suyo, diabético desde hacía décadas, que incluso había perdido las dos piernas hacía años, y que había acabado por sucumbir a una subida de glucosa especialmente violenta. Noticias que encontró en los periódicos locales y ante las que pudo disimular mejor su absoluto horror, porque la conmovieron en especial (como la muerte en acto de servicio de una bombera, que entró de segundas en un piso incendiado para intentar asegurarse de que ningún durmiente se había quedado dentro y, acorralada por un derrumbe repentino, no consiguió escapar de las llamas) o la indignaron hasta las lágrimas (como la historia de una niña de cartorce años y buena familia que, embarazada por la violación de uno de sus tíos políticos, que ella había puesto en conocimiento de su familia pero que esta se empeñaba en negar -al parecer, la chiquilla había empezado a salir con un chico dos años mayor hacía poco tiempo, y sus parientes querían creer que había sido él quien la había dejado embarazada-, había

intentado abortar con métodos caseros y había muerto en el proceso). Fingir se había convertido en algo relativamente fácil para ella a lo largo de los últimos años. Fingir que las cosas no habían pasado. Fingir que no había visto nada, que no había oído nada, que no sabía nada. Odiar en silencio las virtudes del silencio. Era la única manera de sobrevivir en el Infierno. Era, al menos por ahora, su única arma; y, durante un tiempo, tendría que seguir siéndolo.

El final de este cuento todavía no está escrito. O tal vez sí, pero también está protegido inviolablemente, de momento, por la ley del silencio; y, por lo tanto, ningún mortal que no haya cabalgado con la Muerte por senderos escondidos puede saberlo todavía.

Sí se puede saber, y se sabe, que los médicos mantuvieron a la muchacha en el hospital otros dos días, haciéndole diferentes exámenes médicos, hasta que llegaron a la conclusión de que la pobre había sufrido algún tipo de colapso momentáneo a causa del estrés; pero que en realidad no le había pasado nada grave, que tenía una salud de hierro forjado y que, a pesar de su aspecto frágil, era fuerte como un roble. Naturalmente, todo el pueblo se interesó por su salud, y todo el pueblo se conformó sorprendentemente rápida y fácilmente con la teoría de que el aparatoso desmayo había sido culpa del estrés provocado por los estudios. Por su puesto, su abuela no le hizo el menor comentario sobre lo ocurrido cuando le contaron la versión oficial. Y ella lo agradeció infinitamente durante el resto de su vida: el hecho de que no le hiciera preguntas, de que ni siquiera le mencionara lo curioso del incidente y lo extraño de las siniestras coincidencias, implicaba que ella sabía la verdad; y que, por lo tanto, no tendría que mentirle. Porque sabía que la anciana también conocía, aunque ya jamás podría explicárselas en voz alta, las virtudes del silencio.

También se sabe que sacó una Matrícula de Honor más que merecida en sus exámenes de Selectividad; y que, tras un último verano en el Infierno, pudo irse a estudiar a la capital. Que entró en la carrera que siempre había querido estudiar. Y que, no mucho tiempo después, llegó finalmente la fecha que ella había estado aguardando, intensa y desesperadamente, desde hacía ya varios años. Entonces, una noche como otra cualquiera, mientras el demonio dormía (una reluciente noche de invierno, sin una luna que pudiera delatarlas pero profusamente estrellada), abrió las Puertas del Infierno de par en par; y escapó de él junto a su compañera de presidio. Para cuando el demonio despertó, y empezó a rugir de rabia y a desplegar todo su poder para correr tras ellas, ya no podía alcanzarlas. Porque ellas ya no necesitaban que aquellas gentes, que les habían impuesto durante años las virtudes del silencio, les abrieran las puertas para esconderlas de la sombra que las seguía donde quiera que iban como si fuera la suya. Y, al cabo de cierto tiempo lejos del hielo mortal y las crueles llamas, cuando su carcelero se vio obligado a agachar la frente y asumir su derrota, sus ropas dejaron de oler a azufre; y ellas pudieron

caminar por el mundo libremente, sin grilletes invisibles, sin miedo.

Tal y como el espectro había deseado para ella, había salido vencedora. No por nada, el siniestro caballero muerto había acabado por inclinarse ante ella y dejarla marchar, a pesar de que le había abierto las puertas del Más Allá, de que había cabalgado con él y de que lo había mirado a los ojos. No por nada, había superado las pruebas que se le habían puesto durante la macabra aventura.

Pero, hasta donde sabemos, la última y más terrible prueba de todas todavía no ha terminado. Porque esa joven, ahora una mujer menuda y fiera, guerrera sin espada que sigue abriéndose camino en sus batallas cotidianas, intentando las nuevas conquistas que la vida le pone por delante, continúa soñando por las noches con el resplandor sin brillo de aquella luna de sangre custodiada por los fuegos de la guerra. A veces, cuando pasea en solitario durante alguna noche de insomnio (recuerdos eventuales de sus viejos días en el Infierno), le viene repentinamente a la memoria el repicar de los cascos del caballo negro, envuelto en el rumor de miles de pies que desfilan silenciosamente bajo la luz del astro muerto; y, cuando recibe la noticia de algún caído en su combate contra los avatares de la vida, sea del sexo, edad o condición que sea, recuerda el eco terrible de aquella trompeta fatal, y la risa cruel y la mirada penetrante del jinete oscuro mientras le ofrecía, con voz cavernosa, todo aquello que ella siempre había podido desear y él le podía conceder.

Y sabe perfectamente que, si no quiere tener que levantarse de su lecho de tierra la próxima vez que los planetas coincidan en el cielo nocturno, y desfilar ella misma bajo la enseña del estandarte vacío, esperando a que un guerrero de sangre todavía caliente se ofrezca a abrirle el camino hacia la morada eterna para poder descansar en paz, tendrá que continuar recordando, hasta que la trompeta de los muertos suene para ella, las virtudes del silencio.